

Cocinando la Paz

con los pueblos indígenas de Colombia





Mientras él se ríe recordando historias de mi infancia, mamá me mira con una sonrisa gigante, silenciosa y cada vez más llena de arrugas, pues desde mi partida ha pasado muchos días cultivando bajo el sol. Es imposible no darse cuenta de que mi hermana heredó su sonrisa y el gusto por trabajar la tierra.



Desde que yo era pequeña, mamá me invitaba a explorar las maravillas de mis tradiciones y, a la vez, de otros mundos. El sueño era ser una gran líder, que entendiera los lenguajes y la vida desde diferentes perspectivas. Por eso iba a la escuela, aunque también solía acompañarla en todos sus quehaceres para conocer y entender de todo un poco.

Gracias a su apoyo incondicional me gané una beca, con la cual llegué a la universidad de la capital. Allí estudio antropología. Confío en volver a este territorio a trabajar por mi gente. Es un placer reencontrarme con mamá y abrazarla de nuevo.





Terminamos de comer mi comida preferida, aquella con la que crecí. La extraño mucho porque en la capital todo es diferente. Al terminar ese delicioso plátano cocido, nos despedimos de papá, que sale a apoyar a mi tío en el desmonte de su parcela mientras mamá y yo vamos a trabajar en nuestro Chico Ubadau (parcela).

En el camino, mamá me cuenta que quiere preparar una buena sopa con pescado ahumado para compartirla con la gente de las comunidades que irá a la asamblea esta tarde. Quiere lucirse porque mi papá se estrenará como Cabildo Gobernador. Me dice —orgullosa— que papá va a brillar como el río, mientras oímos el caudal del Baudó. Me acuerdo, con alegría, de todas las veces que me sumergí en sus aguas.



Mientras trabajamos en la parcela, le pregunto si sabe del Proceso de Paz con las FARC. No lo tiene claro, así que le cuento en pocas palabras que el Gobierno y esa guerrilla se sentaron a hablar y decidieron acabar el conflicto armado que tanto nos ha afectado.





Me mira incrédula y triste, porque desde que tiene memoria ha vivido en medio del fuego cruzado; hace años tuvo que salir desplazada con mis abuelos y mis tíos, ya que las cosas aquí estaban muy calientes.

Nos sentamos a descansar un momento y le cuento que el Gobierno y las FARC negociaron el fin del conflicto, junto con otros temas relacionados con el mejoramiento de la vida de la gente del campo, que permitieran hacer una paz sostenible y no repetir tanto dolor. Le cuento que, incluso, hubo un grupo de nuestros líderes que fue hasta Cuba, donde estaban reunidos negociando, a contarles de nuestra situación y de nuestros problemas, y a llevarles una propuesta para que nos incluyeran en ese acuerdo que iban a firmar para hacer las paces.





Estos líderes nos representaron muy bien, porque lograron meter un capítulo con muchos temas étnicos en el Acuerdo de Paz para resolver los problemas que nos trajo el conflicto. Uno de ellos fue el tema del territorio, que para nosotros es tan importante. Explico que mi visita tiene que ver con eso: necesito que me ayude a que las autoridades y papá me escuchen, porque hay mucho por hacer.

Retomamos el trabajo y comienzo a hablarle del Fondo de Tierras. No sabe qué es, así que le explico que es como un conjunto de tierras que el Estado pone a disposición de la gente que no tiene o que tiene muy poquita, para que la pueda usar y salga adelante. Le aclaro que esas tierras nada tienen que ver con territorios titulados o legalizados como nuestros resguardos, porque ya son nuestros y nada tienen que ver con ese Fondo.



Al revés, una parte de ese Fondo de Tierras es para los indígenas y a esa partecita la llaman Subcuenta Indígena. Es decir, son tierras que se destinarán solo para nosotros, para nuestros usos colectivos, de modo que podríamos adquirir un poco más de ellas de esta fuente. Es algo que ya hemos discutido, porque nuestro resguardo es pequeño —cada vez tenemos menos tierras fértiles donde cultivar— y hemos sido profundamente afectados por la violencia. Le ratifico que no debe preocuparse, pues se trata de una fuente adicional a las que ya existen.

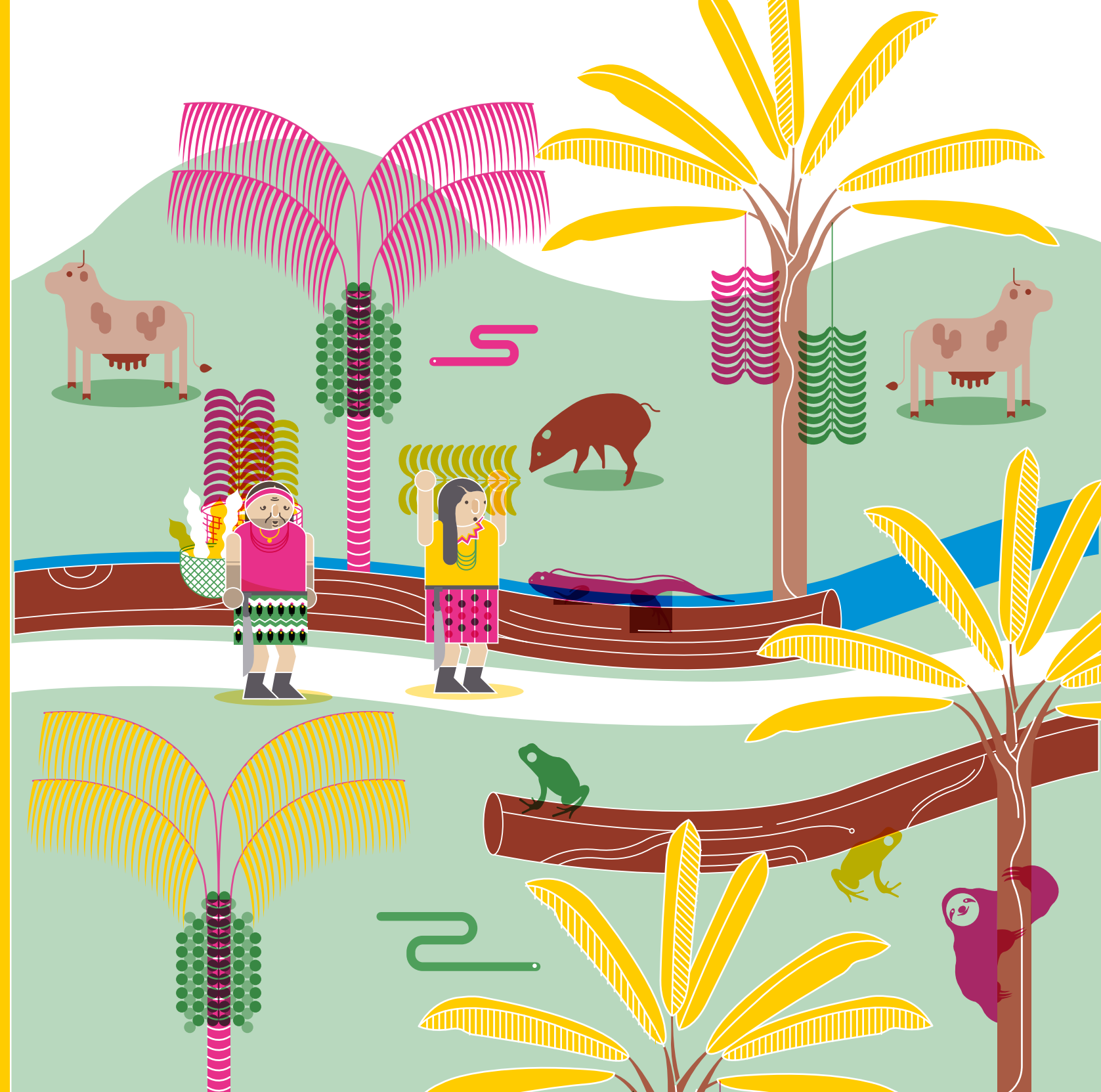


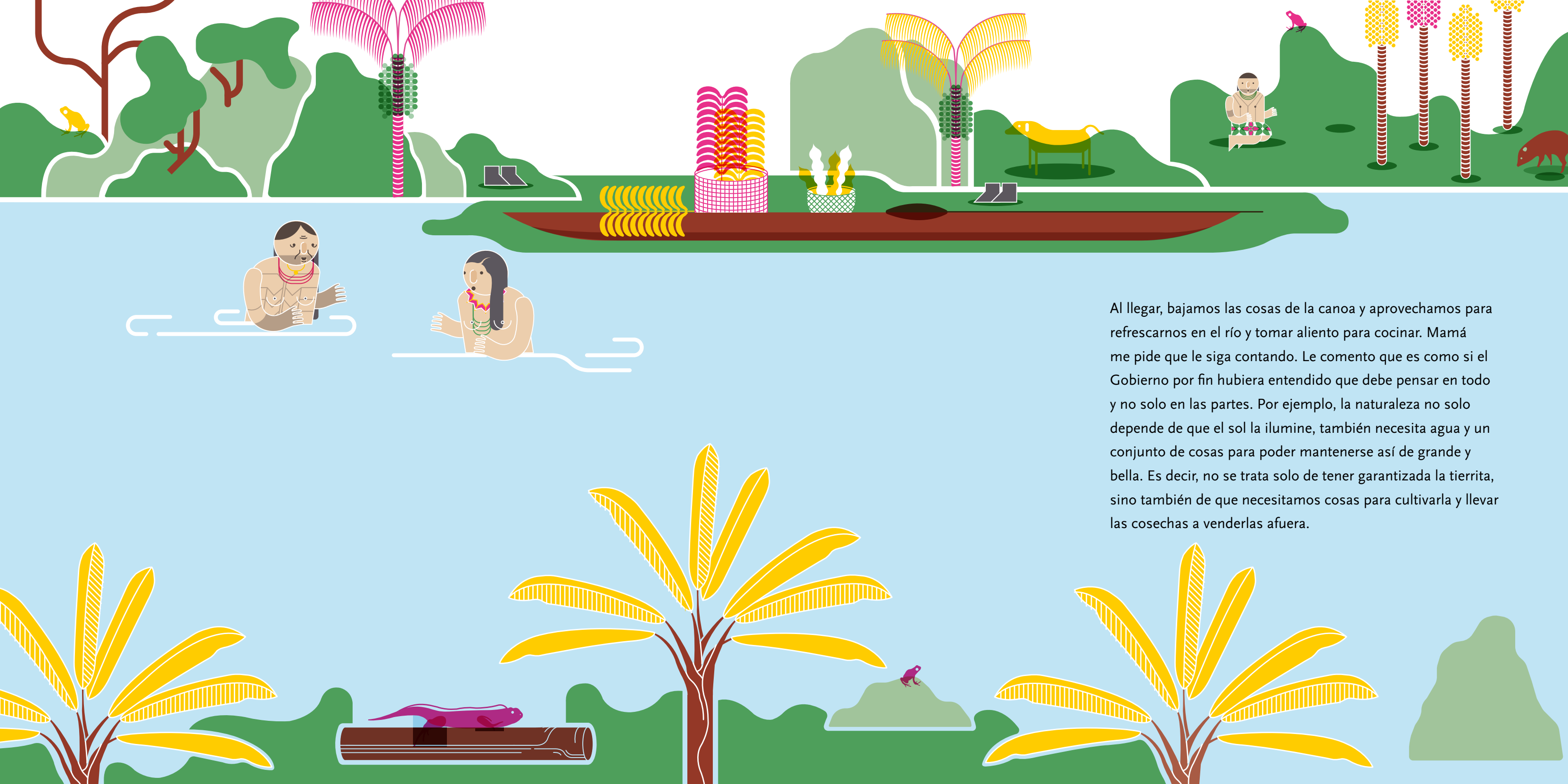
Le cuento, además, que lo de esa subcuenta lo acordaron nuestros representantes indígenas directamente con la Agencia Nacional de Tierras (ANT), que es la entidad responsable del Fondo. Por eso, tenemos que hablar con nuestras autoridades, definir qué queremos y reunirnos con la ANT, para contarles qué necesitamos. Así, esa entidad nos dirá qué trámites debemos adelantar para solicitar nuevas tierras para el resguardo, porque eso no es tan sencillo. Además, hay mucha gente en el país sin siquiera un pedacito de tierra.



Mamá duda. Ella, que perdió a su hermano y a su papá en una guerra que no era suya, sabe que es difícil que le cumplan. Le explico que esta vez será diferente, porque este Acuerdo se firmó para hacer cosas directamente con las comunidades, consultándonos y haciendo que participemos sin desconocer nuestras tradiciones, derechos y necesidades.

De repente, mamá me interrumpe. Me dice que pare un segundo, porque desde que salimos no he dejado de hablar. Nos reímos y caminamos hasta la orilla del río con todo lo que recogimos para montarlo en la canoa y volver a casa. El calor está pesado, se está haciendo tarde y toca empezar a cocinar o no tendremos la comida lista para la Asamblea.





Al llegar, bajamos las cosas de la canoa y aprovechamos para refrescarnos en el río y tomar aliento para cocinar. Mamá me pide que le siga contando. Le comento que es como si el Gobierno por fin hubiera entendido que debe pensar en todo y no solo en las partes. Por ejemplo, la naturaleza no solo depende de que el sol la ilumine, también necesita agua y un conjunto de cosas para poder mantenerse así de grande y bella. Es decir, no se trata solo de tener garantizada la tierrita, sino también de que necesitamos cosas para cultivarla y llevar las cosechas a venderlas afuera.

Mi hermana sale a ayudarnos. Mientras llegamos al quiosco, le cuento a mamá que cuando digo que el Acuerdo de Paz es integral me refiero a que va más allá de tener la tierra, porque incluye otros temas importantes como, en nuestro caso, la recuperación de semillas, de prácticas de cultivo y de medicina tradicional que se nos han ido olvidando. Por eso, debemos fortalecer nuestras tradiciones, lo que exige fomentar una educación propia y en nuestra lengua. En conclusión, le explico que esa es la integralidad, y que por eso el Acuerdo habla de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), programas que reconocen que todo tiene que ver con todo, y que apuntan a mejorar las condiciones del campo, de la salud, de la educación y también de infraestructura, para que nuestro bienestar sea garantizado de acuerdo con nuestras necesidades y costumbres, y también con las de los demás habitantes del campo.



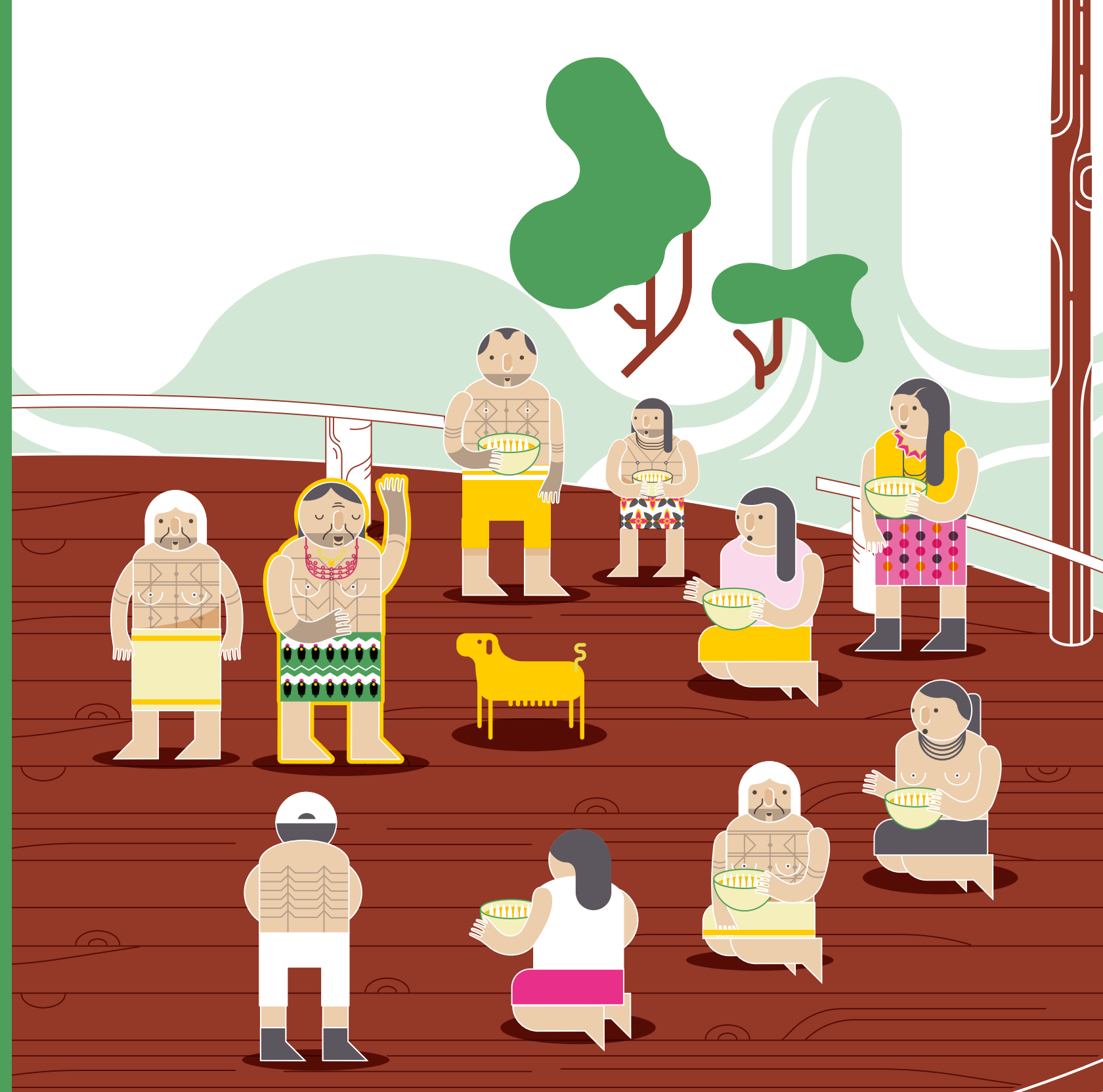
Ya en el quiosco nos ponemos a cocinar. Le comento a mamá que la Agencia para la Renovación del Territorio (ART) es la encargada de los PDET, y que para implementarlos el Gobierno está construyendo los Planes de Acción para la Transformación Regional (PATR) con las comunidades. Le reitero que estos planes se basan en la participación, porque la idea es escuchar las necesidades y la manera como se hacen las cosas en los territorios, y luego organizar esa información para convertirla en planes, obras y proyectos particulares. Le aclaro que el Capítulo Étnico del Acuerdo dice que para construir los PDET y sus PATR en comunidades indígenas debe establecerse un mecanismo especial que permita consultar cómo se implementarán estos programas con la gente, respetando sus derechos y sus costumbres. Explico que por eso es importante que nuestros líderes y autoridades conozcan el tema, identifiquen nuestras necesidades y se sienten a conversar con la entidad. Claro, siempre respetando nuestra ley de origen y lo que ya hemos avanzado con nuestros planes de vida.





Se nos va el tiempo picando, cocinando y conversando, pero, finalmente, la comida está lista. En ese preciso momento entran todos los líderes y autoridades como si fueran una manada. Mamá está entusiasmada por todo lo que le he contado y porque los platos estuvieron listos a tiempo; además, se le nota el orgullo que siente por mí y por mi padre. Tiene el rostro y los ojos iluminados, y acepta ayudarme a contarles a los líderes todo lo que le he dicho. Sin embargo, pide que, cuando sea su turno, le ayude con las palabras difíciles y con los nombres raros que a veces usa el Gobierno. Me río y le digo que sí.

Durante la sesión, todos se deleitan con la comida. Mi mamá pasa adelante y empieza a hablar con mucha propiedad del Fondo de Tierras, de la Subcuenta para Indígenas, de los Planes de Acción para la Transformación Regional (PATR) y de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET). Explica por qué es importante trabajar entre nosotros y con el Gobierno en esto, y cómo podemos aprovechar todo lo que ofrecen el Acuerdo y el Capítulo Étnico.



Antes de terminar, cruzamos nuestras miradas
y dejamos que florezca una sonrisa. Sin decirlo,
entendemos que ya no somos solo madre e
hija, sino dos mujeres cómplices, conscientes
de que ha comenzado una nueva historia
para nuestra comunidad Embera Dóbida.

